

VI

MATER DOLOROSA

La primera noche que la marquesa María pasó en su hotel del arrabal, terminado su largo destierro, fué por ella consagrada, casi exclusivamente, á la oración.

No obstante el cansancio producido por el largo viaje, habríale sido imposible cerrar los ojos.

Sufría demasiado pensando sin cesar en el marido ausente, y se preguntaba si era cosa de abrir el pecho á la esperanza de saberlo pronto perdonado.

Cuanto más pensaba en esto la marquesa, mayores eran sus dudas.

Catalina de Médicis no se había mostrado nunca muy buena para con ella. Ciertó que ahora acababa de levantar su destierro, pero ¿no ocultaría tal medida algún secreto designio? De no obedecer á algún plan tenebroso, ¿por qué hacerla acompañar por aquella miss Huming cuya mirada cautelosa la seguía en todos sus movimientos, espiándola de continuo, como si qui-

siera penetrar hasta el fondo de sus más íntimos pensamientos?

Otra causa de preocupación para ella era su hija, su Solange.

De algún tiempo á aquella parte no parecía la misma. Muy adelantada, bajo el punto de vista físico, para su edad, parecía hallarse bajo el imperio de la misma enfermedad que la aquejara algún tiempo antes; enfermedad moral sin duda: tristeza sin motivo, sopores repentinos, síntomas en fin alarmantes, reveladores de un estado de alma excepcional.

¿Qué podía motivarlo? La entrada en la nubilidad subtrae á todas las madres algunas parcelas del cariño de sus hijas, esto es indudable; pero no hay una sola que se resigne á acostumbrarse á tal substracción que á todas les llega al alma.

La marquesa María, cuya existencia habíase consagrado exclusivamente á su hija, debía sufrir más que cualquiera otra madre, por la inexplicable reserva de Solange.

En Bonaguil hubiera podido luchar, provocando en caso necesario las confianzas, para conocer el elemento nuevo y victorioso: estudiarlo, apreciarlo, y consentir ó no el cultivo del mismo por parte de Solange.

En París esto hacíase imposible ó poco menos. Con su ardiente naturaleza unida á su inocencia de castellana que ha vivido siempre aislada y lejos del mundano ruido, era indudable que Solange sentiríase pronto deslumbrada, vencida por la vida de la corte, y que prestaría oídos á las protestas y juramentos de los bri-

llantes gentileshombres que, al adularla, no tendrían otro objetivo que el de conquistar su cuantiosa fortuna y sus títulos, envidiables por lo rancio de su nobleza.

Uno había ya sin duda, el caballero de escolta, á quien Solange miraba de un modo harto elocuente en concepto de la marquesa. Pero sobre que no conviene conceder gran importancia á las primeras impresiones amorosas de una jovencita, sobre todo cuando la persona objeto de dichas impresiones no ha sido aún comparada con otros rivales, el corazón de madre de la marquesa negábase á admitir la posibilidad de que su hija hubiera podido enamorarse seriamente de un caballero de fortuna.

Los hombres de esta especie se han hecho para defender á las mujeres en caso de necesidad; tal es su razón de ser. Pasado el peligro, se les paga si son interesados, y en caso contrario se les saluda con respeto, y nada más.

No: más, mucho más que el pobre caballero de escolta, eran de temer, en concepto de la marquesa, el brillo cegador de la corte, los asedios de los ambiciosos sin escrúpulos, las negras ideas de Catalina y los sorprendentes caprichos del rey.

¡Ah! ¿Por qué no había traído consigo á Pierrilla? Con ella en casa, Solange habría tenido quien la vigilara, quien la aconsejase; en cambio con miss Huming, podía decirse que tendría siempre en su morada, como temibles huéspedes, la hipocresía y la hostilidad tanto más difíciles de combatir cuanto mejor disimuladas bajo las apariencias de la bondad y del interés.

¡Señor, Señor! ¿No se produciría un milagro? ¿Permanecerían cerradas aún por mucho tiempo las puertas de Vincennes, privando de la libertad á su Jacobo, al compañero de su vida?

¡Su vida! Era ya una larga serie de contrariedades y de dolores. Muy joven aún, y todavía soltera, había presenciado el naufragio de la dicha y de la razón de Blanca de Armañac, su mejor amiga, en un horrible cataclismo; casada, habíanla separado de su marido; madre, pasó por el dolor de que le robaran una de sus hijas, la rubia Genoveva... ¿Tendría aún que soportar el rudo golpe de que le robasen la otra?

Tales pensamientos ocuparon durante largo rato aquella noche la mente de la marquesa, quien las rodillas hundidas en el almohadón del reclinatorio y apoyados los codos en la tablilla del mismo, rezaba casi en voz alta, acompañando su oración de amargos sollozos.

Así pasaban las horas.

Todo dormía en el Hotel. Sólo de la casa de las miñonas salían de vez en cuando algunos gritos, risotadas, acordes de viola ó de rabel, en los que no paraba mientes la marquesa.

Frente á ella, un tapiz de alto lizo cubría todo un lienzo de pared. Representaba *la caza de San Huberto*, y tenía su historia. Atribuíase el dibujo de la obra al Primaticio, y es de justicia consignar que el célebre decorador de Fontainebleau y de Chambord se esmeró por lo que respecta á la figura del Nemrod cristiano del bosque de los Ardennes, para representar al cual trazó el retrato de Jacobo de Villanueva Marsán.

Independientemente de dicho hermoso tapiz, veíanse en aquel cuarto verdaderas obras maestras que le daban un ambiente artístico. La ornamentación era suntuosa aunque seria. En los muros, cuadros de gran precio: *Ester á los pies de Asuero*, de Veronése; *Marte y Venus*, del Correggio; *la Presentación en el templo*, de la escuela de Colonia; la *Cena*, del Tintoreto, y algunos otros de artistas no menos notables. Esparcidos aquí y allí, objetos de arte de mérito indiscutible: un *Calvario*, de Franconie; una custodia en esmalte de Juan de Pisa; un aguamanil de plata, de Caradosso, y un objeto raro, el que más lo era sin duda, que ocupaba un pequeño retablo de terciopelo. Era un reloj de péndulo, pequeño, de cobre dorado trabajado al martillo, cincelado y burilado con arreglo al más depurado estilo renacimiento; tenía seis lados ó caras y solo medía unos diez y siete centímetros de alto.

Este péndulo portátil, primero sin duda de los fabricados en Francia (1) estaba marcado AIX — AP — 1533; procedía del castillo de Fontainebleau y había sido regalado por el mismo Francisco I^o al padre del Sr. de Villanueva como recuerdo de servicios prestados...

Sí: era aquél un ambiente artístico en el que hubiérase hallado muy á gusto, en época normal, la marquesa María. Pero en el momento en que la encontramos de nuevo, ajena en absoluto á toda preocupación

(1) Dicho péndulo figura hoy en la colección de M. Ed. Bussière, quien lo heredó de su bisabuela, descendiente de Corneille. Los dos ejemplares expuestos en el Museo de Cluny son de época posterior, de unos setenta y cinco años más tarde, y no poseen su movimiento primitivo.

que hubiera podido parecerle profana, miraba el retrato de su marido con ojos preñados de lágrimas y hubiérase podido oírle murmurar estas palabras que tenían no poco de plegaria:

— Tú que tanto nos quisiste, ¿no vendrás á defendernos?

El cansancio acabó por imponerse, y la adolorida dama rindióse al sueño en el reclinatorio mismo en que durante algunas horas había llorado, rezado y recordado.

¿Cuánto tiempo duró su sueño?

Poco, muy poco, tal vez sólo una hora.

Despertó sobresaltada, creyendo oír agudo grito. No estaba de ello muy segura, ni hubiera tampoco podido afirmar si fué proferido en el Hotel mismo ó en la calle. Su mirada inquieta recorría la suntuosa habitación, que la marquesa se extrañaba de encontrar violentamente iluminada por los primeros rayos del sol naciente... ¿Cómo se hallaba ella misma allí, en el reclinatorio? ¿Por qué no se había acostado?

Púsose en pie de un salto. La duda esta vez no era posible. Un nuevo ruido, el que produce la caída de un cuerpo, acababa de sonar allí cerca, en la habitación contigua, reservada á su hija.

¡Señor! ¡Señor! ¿Llamaba de nuevo la desgracia á la puerta de aquella casa ya tan castigada?

Con la voluntad de luchar á todo trance contra el destino adverso, surgió en el cerebro de la marquesa el recuerdo de lo ocurrido durante aquellos últimos días, y se lanzó al cuarto de Solange, penetrando en él como una tromba.

Detúvose un instante en el umbral, helada de espanto, temblonas las piernas, segura de que una imprevista calamidad abatíase aún sobre la familia.

En el cuarto todo estaba en desorden.

Parecía indudable que, antes de acostarse, la vispera por la noche debió la joven despedir á la anciana Francisca y á la inglesa para pasar en revista, sola y á sus anchas, su nuevo domicilio, y desnudarse luego sin la ajena ayuda.

Los efectos de viaje aparecían colgados de los brazos ó respaldos de varias sillas; un grupo de mármol representando dos niñas abrazadas se encontraba volcado á los pies de la cama deshecha, y el viento fresco de la mañana agitaba la muselina de un visillo de fortuna, en el antepecho de la ventana, abierta de par en par.

No era este desorden, ni la confusión allí reinante lo que emocionaba á la marquesa. Lo que la heló de espanto fué la visión de Solange en camisa, pálida como una muerta y tendida en el suelo.

— ¡Muerta! ¡Muerta! — gimió la infeliz María. — ¡Mi hija muerta!

Rápida como el pensamiento inclinóse sobre la joven, unió á los suyos los labios de Solange, y se enderezó al punto galvanizada.

No : gracias al cielo, lo irreparable no se había producido : la niña respiraba ; tratábase de un síncope.

Todas las madres encuentran tesoros inagotables de energía cuando la existencia de sus hijos está en peligro.

María, sin preocuparse de lo que hubiera podido

causar el inexplicable accidente, y ansiosa de poner un poco de orden en la habitación antes de llamar á nadie en su auxilio, arregló febrilmente lo que le pareció más esencial mientras pensaba :

— Si Francisca hubiese estado en el cuarto vecino, aquí la habría encontrado ya al llegar yo ; pero como está la inglesa... Por lo visto miss Huming no ha oído nada... ¡Es extraño !

Luego, transcurridos apenas unos segundos, y demostrando poseer una fuerza física de que nadie la hubiera creído dotada, levantó el cuerpo inerte de Solange, lo puso en la cama, y lo cubrió con esmero.

Entonces solamente se decidió á llamar.

Es de creer que la inglesita no tenía el sueño pesado, y que sin duda había dormido sin desnudarse, porque se presentó en el acto, completamente vestida.

— ¡Esta no dormía ! — se dijo la señora de Villanueva frunciendo el entrecejo ; — escuchaba sin duda... Decididamente esta mujer es una espía.

— ¡Cielos ! — gritó miss Huming retrocediendo un paso y afectando bastante bien la sorpresa. — ¡La señora marquesa aquí ! ¿Ocurre algo ?

— Las sales ; — dijo la marquesa secamente.

— ¿Está indispueta la señorita ?

— ¡Las sales ! Después hablaremos... si es necesario.

Miss Huming no se atrevió á formular nuevas preguntas. Su curiosidad hubiera podido parecer sospechosa.

Además, sabía ya lo que la misma marquesa no

habría podido decirle, puesto que el ruido de la lucha en el Prado de los Clérigos habíala despertado, como á Solange, y á partir de aquel momento habíase ocupado en espiar concienzudamente á aquella cuya vigilancia le estaba encomendada.

Durante algunos minutos, las dos mujeres, silenciosas, se esforzaron por hacer recobrar á la joven el conocimiento.

Pero Solange parecía insensible á todos los cuidados, que se le prodigaban. Su rostro, exangüe, parecía más pálido aún de lo que lo estaba, por hallarse rodeado de la negra aureola de sus cabellos sueltos; las sienes se humedecían, y el pulso era casi imperceptible.

Por fin hizo un ligero movimiento; levantóse un poco el pecho impulsado por una inspiración profunda que fué seguida de un suspiro, y dos lágrimas aparecieron entre los cerrados párpados, deshaciéndose enseguida.

— Retiraos, miss, — ordenó la dama segura de que Solange volvía á la vida, — y guardad el silencio acerca de este incidente, os lo ruego. Se trata de una indisposición que hay que atribuir á las fatigas del viaje. Es pues inútil hablar de ella ni inquietar á nuestras gentes.

— ¿Debo cerrar la ventana? — preguntó la inglesa.

— No: mi hija necesita aire; arreglad solamente la cortina.

Como si esperase esta orden con impaciencia, la inglesa se acercó rápidamente á la ventana y en vez de correr enseguida la cortina provisional instalada la noche antes por Francisca, aprovechándose de la cir-

cunstancia de que la marquesa, por hallarse de espaldas no podía verla, se inclinó hacia fuera, abarcando de una rápida ojeada todo el juego de pelota.

Su inspección duró un segundo apenas, pero en tan corto espacio de tiempo pudo darse cuenta de la situación.

Dos grupos de gentileshombres se alejaban rápidamente hacia la casilla del guarda. En el primero y cerca de un herido á quien conducían, miss Huming reconoció al gran favorito duque de Saboya-Nemours, futuro pretendiente oficial á la mano de la Villanueva-Marsán. En el segundo adivinó la presencia de Sed de Amor, á causa de la rama de muérdago de su sombrero.

En el campo quedaba un cuerpo abandonado: el de un combatiente que ostentaba los colores reales.

— ¡Bueno! — pensó ella. — Por lo visto ha habido batalla entre los amigos de los dos Enriques... El hidalguete que nos daba escolta ha tomado partido por el de Guisa... ¿Habrán lanzado su grito la niña de los Villanueva, al verlo cargar al hermoso Rolando? Porque aún no sabemos si ese desmayo ha sido en honor del joven duque ó en el del caballero. Pero yo lo sabré... Vigile cuanto quiera la viuda del marqués vivo; no será ella quien me impida confesar á la niña, y guiarla por donde quiera cuando sea tiempo de hacerlo así. Por ahora no me falta algo que contar á mi soberana. Y como es de suponer que una explicación entre madre é hija se impone ahora, y que esa explicación durará bastante, aprovecharé la ocasión que se presenta para ir ahora mismo...

La explicación debía durar, en efecto, largo tiempo.

Una vez sola con su hija, la marquesa, sentada á la cabecera del lecho, miraba fijamente á Solange, y por su cerebro pasaban, lancinantes y atormentadoras, las mismas ideas que lo ocuparan durante aquella noche interminable.

Así pasaron muchas horas; todas las de aquel día y las primeras de la noche. Durante ese tiempo la marquesa se ocupó en cubrir de húmedas compresas la frente abrasada de la joven, y no consintió en tomar otro alimento que un poco de vino y unos bizcochos que le sirvió la fiel Francisca.

Mediaba ya la noche cuando la marquesa pudo comprender que una sensible mejoría habíase operado en el estado de la enferma. Resuelta favorablemente la crisis, Solange no sufría ya; sin embargo, en vez de anudar los brazos al cuello de su madre, como lo hubiera hecho en cualquier otra ocasión, permanecía con los ojos obstinadamente cerrados, como si pretendiera dar á entender que deseaba guardar el secreto acerca de lo que pudo motivar su reciente sacudida nerviosa, y su voluntad de no ser interrogada á este respecto.

— Ange, — preguntó tristemente la marquesa, — ¿sufres mucho aún?

En la intimidad, el diminutivo empleado para llamar á su hija, parecíale más tierno.

— No, señora; — balbuceó la joven.

— ¿Nada tienes que confiarme?

Esta vez Solange se estremeció, permaneciendo callada.

— ¿Es que hay algo roto entre nosotras dos, Ange?

— insistió la madre. — Si es así, ¡qué tristeza tan horrible la mía! Porque mi vida ha sido una larga serie de penas crueles; mis alegrías pocas, y de escasa duración. Sólo tú me restas; ¿crees posible mi existencia si tu confianza llega á faltarme?

La joven protestó:

— ¡Oh, señora, señora!

— Déjame que te diga... Tú tenías una hermana, y me fué robada; visto tocas de viuda, y sin embargo tu padre vive; las lágrimas que han caído sobre mi corazón lo han horadado, lo han roto; ¿tendré que pasar aún por el duro trance de que te muestres sin compasión por mí?

— ¡Gracia, señora, gracia! — exclamó Solange, incapaz de contener sus lágrimas por más tiempo. — Sabed pues que creí morir al ver una espada relampaguear á dos dedos de su pecho...

— ¡Ah! Ha habido un duelo en el Prado de los Clérigos... ¡Abominable vecindad la que tenemos! En fin, ello es que por lo visto estabas en el balcón y creíste en peligro... ¡no sé á quién! tal vez al caballero que nos ha dado escolta durante el viaje.

— No, no; era su espada, por el contrario la que amenazaba el pecho de otro...

— ¿De otro?

— Sí; que se le parece...

— Vamos á ver, Ange, — dijo con estudiada calma la marquesa; — ¿me habré engañado? Hábiame parecido leer en tus ojos y adivinar en tu alma algo así como un sentimiento... por ese caballero...

— También á mi me pareció... Pero ¡qué sé yo! ¡Es el otro tan brillante, tan hermoso!

La marquesa parecía anonadada.

— ¡Así estamos! — dijo con enorme tristeza. — ¡Pobre criatura! Eso que me dices es grave, Ange, muy grave... Una Villanueva-Marsán se debe al nombre que lleva. Veo que se hace necesario que os hable seriamente, esperad...

La marquesa María se interrumpió para ir al cuarto de miss Huming, cuya puerta abrió de par en par.

El cuarto estaba vacío.

La inglesa había previsto la importancia de la explicación que seguramente se produciría entre madre é hija y apenas abandonara el cuarto de la enferma hubo de bajar al salón, donde se apoderó del retrato del gran marqués, y pasando ante los Peiragude inclinados con respeto, salió del Hotel para asistir á la orden en la cámara de Catalina de Médicis, donde ya la vimos.

Nada de esto podía saber la marquesa, quien al ver el cuarto vacío, pensó al acercarse de nuevo al lecho de su hija:

— Debe estar tomando el fresco en el parque.

Dirigiéndose á la enferma continuó:

— Si quieres complacerme, Ange, no te fies mucho de esa extranjera; todo en su modo de obrar indica la duplicidad, la hipocresía...

— ¿Por qué no la despedís, señora? — preguntó, naturalmente, la joven.

— Porque estamos presas en nuestra propia casa, hija mía; prisioneras de una mujer de la cual voy á

poder por fin hablarte con entera libertad pues que la inglesa está ausente... Pero antes, déjame que te diga una cosa Jamás, ¿lo oyes? jamás daré mi consentimiento para un matrimonio que tu padre no haya aprobado previamente. Dicho esto, óyeme y juzga.

Con palabra sobria, lentamente, la marquesa comenzó el relato de su vida.

Tres muchachas nobles, hermanas de corazón, vivían en otro tiempo estrechamente unidas; llamábanse Blanca de Vertu, Verbena de Nattier, y María, ella, la marquesa. A las tres sonreía la existencia, y no era la menor de sus satisfacciones la de ver unidos, por los lazos de la amistad más noble y desinteresada, á sus tres futuros esposos, Francisco de Balzac de Entragues, Jacobo de Armañac de Saboya-Nemours, y Jacobo de Villanueva-Marsan.

El destino, implacable, debía cebarse en ellos todos.

Verbena, la más joven, raptada por el marqués de Villequier, viose en la dura necesidad de presidir, por fuerza, una alegre comilona, y juzgándose deshonrada se suicidó, coincidiendo su muerte con la desaparición de su futuro el conde Francisco, á quien nadie volvió á ver desde ese trágico día. Decíase en secreto que vivía confinado voluntariamente en su hotel, en compañía del cuerpo embalsamado de Verbena, cuya muerte había jurado vengar aplicando la pena del Talión.

Más que ella afortunada, Blanca llegó á casar con el conde Jacobo de quien tuvo un hijo que era su encanto. Vivía pues feliz, cuando cierta noche memorable una partida de bandidos disfrazados de soldados visitó el

castillo de Astaffort. La casa fué incendiada, y á partir de aquel momento no se volvió á hablar más de la madre ni del hijo, misteriosamente desaparecidos. Cuanto al padre, acusado de haber intentado vengarse traicionando al rey, fué enviado á las galeras.

Mientras la marquesa hablaba, oíala Solange con estupor, preguntándose inútilmente qué objeto se proponía su madre con aquel horrible relato.

— De las tres amigas poco antes risueñas, alegres y pletóricas de esperanzas — siguió diciendo María — quedé yo sola, unida ya á tu padre por santos lazos. Esta unión habíame dado la tranquilidad de espíritu; y cuando más tarde llegasteis vosotras á hacerla más íntima aún si cabe, tú y tu hermana Genoveva, hubimos de creer ambos que nuestra dicha era tan completa como inalterable.

Desgraciadamente, todo en el mundo es transitorio, Ange; no hay prosperidad que no lleve en sí el germen de la ruina.

— ¿No te parece que somos demasiado felices? — decíame de vez en cuando tu padre. Y yo sonreía, resistiéndome á compartir sus temores, que se me antojaban infundados.

Y sin embargo ¡cuán en lo cierto estaba él! Cada una de mis sonrisas debía poco después ahogarse en un océano de lágrimas.

Vino primero el rapto de Genoveva, tu hermana... Entonces creí morir, y no fué así por desdicha mía. Mi fatal belleza debía desencadenar sobre nosotros todas nuevas calamidades. Verás. En aquel entonces yo era

dama de honor de la reina Catalina. ¿Cómo esa mujer, fría como el mármol, pudo enamorarse con amor ardiente de un químico florentino á quien llamaban René el Perfumista? No lo sé. Ello es que la pasión existía. Como por ministerio de mis funciones yo tenía habitación en el Luvre durante la ausencia de mi marido, ocupado entonces en la guerra, el tal René tuvo ocasión de verme á diario. ¿Qué sucedió entonces? Sin duda el amante de la reina no supo disimular la admiración que mi persona le inspiraba y de ello debió percatarse Catalina... Escondió sus celos, esperando una ocasión para hacer desaparecer el objeto de ellos, y encontrado al fin el pretexto, tu padre fué sepultado vivo en Vincennes, y nosotras salimos, desterradas, para Bonaguil. Lo demás, tú lo sabes...

La señora de Villanueva-Marsán dejó de hablar. Había empleado en su largo relato las últimas horas de la noche y las primeras de la mañana del siguiente día.

Mediaba este, y el hotel permanecía aún silencioso; los Peyragude, sabiendo que madre é hija habíanse encerrado, no se atrevieron á molestarlas; Cortansio por su parte no anunciaba como llegada la hora de la comida, y, cosa más extraña aún, miss Huming continuaba invisible.

— Señora, — imploró Solange — creed que deploro con toda mi alma que mis palabras imprudentes hayan podido ser causa de que sangren de nuevo heridas no cicatrizadas... Pero es que creí sinceramente que mi corazón protestaba al ver que la muerte disponíase á apoderarse de ese hermoso gentilhomme ahí, en el prado

vecino... En fin, yo os prometo acatar respetuosamente vuestras órdenes, y no dar oídos á las voces que puedan hablar en mi alma sin consultar antes con vuestra experiencia.

La marquesa estrechó con efusión las manos de la joven.

— ¡Gracias, Ange! — dijo — ¡gracias, hija mía! Ahora, y como todo hay que preverlo, si en las actuales circunstancias llegaran á faltarte tu padre y tu madre por completo, quiero que sepas esto : tú no cuentas, no puedes contar más que con tres amigos verdaderos, tal vez dos tan sólo, porque quizás ha muerto ya el primero de ellos, Jacobo de Armañac, hermano de armas de tu padre. Acuérdate bien de estos nombres, Ange ; tal es mi suprema recomendación. Los otros dos, son Francisco de Balzac, primer conde de Entragues, y su hermano menor, Carlos, á quien en otro tiempo llamábamos familiarmente Entraguet. No olvides lo que te digo, porque tras el velo que nos oculta el porvenir adivino la existencia de un abismo. El favor hipócrita de que acaba de hacérsenos objeto me parece más insupportable que nuestra antigua desgracia...

Un clamoreo intenso, procedente del exterior, llegó á cortar la palabra á la marquesa.

— ¡Viva el señor de Villanueva-Marsán nuestro amo! — gritaban en el patio las potentes voces de los Peyragude.

Y la más cascada de Cortansio, añadía :

— ¡Honor y prosperidad al gran marqués !

María se lanzó de un salto á la ventana, y Solange,

abandonando el lecho, fué á reunirse con su madre.

Inclinadas ansiosamente, ambas pudieron ver á sus servidores formados en dos filas, inclinadas las cabezas, y en medio de ellos, acompañado de miss Huming que parecía respirar la felicidad, un hombre de altivo aspecto y elevada estatura, cuya barba y cabellos parecían prematuramente encanecidos.

— ¡Su cara! — murmuró la marquesa angustiadísima. — Pero ¡cuán cambiado! ¿Será posible, Señor, que sea él?

En aquel momento el hombre hablaba : su voz llegó hasta las dos mujeres, robusta y entera.

— Es al rey nuestro señor á quien debéis aclamar, amigos míos ; — decía. — Rato hace que no había trabajado tan bien como en esta ocasión... Y ahora, que me den de comer, que en la prisión no sobra el alimento, y mi apetito es formidable.

— ¡Y esa es su voz! — siguió diciendo la marquesa. — ¡La voz de mi Jacobo, de mi esposo, de mi dueño y señor, libre... ¡al fin!

Y se dejó caer, desfallecida en los brazos de Solange.

.....
La Corte de los milagros estaba aquella misma mañana, y desde bien temprano, en plena ebullición, motivada por diferentes razones.

En primer lugar comentábase con inquietud la deserción de Gaultfarault. El rey de Thunes habíase permitido abandonar á sus súbditos, sin preocuparse poco ni mucho del estado de anarquía que iba á determinar fatalmente su inesperada resolución.

Otro acontecimiento, que atenuaba algo la gravedad del primero era el regreso de Divina la loca quien cuando menos se esperaba había reintegrado su domicilio. No era de creer que renovase su escapatoria, porque Almizcle y Tafouilleux proponíanse vigilarla más estrechamente que nunca; y como á falta de rey los truhanes contaban con su égida, de ahí que la presencia de ésta disminuyese la importancia de la ausencia del primero.

Además, nadie ignoraba allí, porque de ello se había tenido noticia sucesivamente, la batalla de la noche anterior en Vincennes, la muerte del gran marqués y las de Pielnegra, la Bola y Miguel el Chulo.

Según era uso y costumbre entre aquella gente, las viudas á consecuencia de estas muertes fueron acomodadas enseguida. La Tetona correspondió al *Asaduras*, distinguido pordiosero que usufructuaba una erisipela en la cara, y pustuloso crónico, y la gentil Margarita cayó en manos de Torticoli, un monstruo cuya cabeza desatornillada miraba hacia su espalda.

Terminada esta ceremonia, los habitantes de la Corte de los milagros asistieron al interesante espectáculo del regreso de los estropeados en la expedición á Vincennes; Ripaudier con el cráneo laminado, y Fargas y Cuello azul con un ojo de menos cada uno.

Nataniel, el falso centenario, era el único que volvía indemne, y contando tales cosas que los ánimos se excitaron, al oirlas, hasta el paroxismo.

Decía en efecto, que después de la de Vincennes había habido nueva batalla en Montfaucon, y que aquí

como allá, había vencido el joven espadachín desconocido, pasando á través de una numerosa compañía de arqueros y arrancando al cadalso los restos humanos que se pretendía colgar de él.

Tan estupendas nuevas eran en realidad mucho más de lo que se precisaba para llevar la perturbación y la ansiedad á aquella turbamulta de aventureros, acostumbrados á hacerlo todo, excepción hecha del bien.

Pero aún les estaba reservada una sorpresa; algo de tal importancia, y de tan incalculables consecuencias, que justificaba por sí solo el estado de indecible excitación en que se encontraban aquella mañana memorable los gandules, ladrones y pordioseros de la celebrísima corte.

En efecto, en la mismísima sala del trono habíase hablado del choque ocurrido el día anterior en el Puente del Cambio, choque á favor del cual, y gracias á la intervención de los mendigos pudo escapar el caballero que dejara tuerto á Maugiron á la persecución de los alabarderos lanzados en su seguimiento.

Enrique III, muy enojado ya por los desperfectos causados en el físico del más amado de sus miñones, habíase encolerizado contra los truhanes, y resuelto á hacer un escarmiento había investido de plenos poderes al gran canciller para castigar con mano dura á la turba inmunda de la Corte de los milagros.

Eso fué lo que contó Nataniel, quien al terminar el relato de los sucesos ocurridos en Montfaucon hubo de exhortar en estos términos á sus oyentes:

— ¿Hemos de creer; oh amigos míos! que se halla

próximo el día del juicio final? De no ser así, nadie atreveríase á fijar á la puerta de nuestra casa un edicto en el que se nos prohíbe nada menos que el ejercicio de la santa mendicidad...

El clamoreo levantado por estas palabras fué horroroso.

Nataniel mentía. No era posible semejante cosa. Tal medida hubiera equivalido á suprimir la caridad, y aún Dios mismo.

— ¡Pues id á verlo con vuestros propios ojos! — recomendó el falso centenario.

Hubo empeño en cerciorarse de la cosa, y se produjo el éxodo en masa de toda la truhanería á través del callejón de la Concepción.

El tío Hipo, titulado emperador de Galilea y dogo interino de aquella Venecia de fango, marchaba á la cabeza, siguiendo en pos de él Ripaudier, duque de Egipto, los dignatarios, y toda la turba de pícaras y de zarramplines.

La infecta calleja hallábase casi obstruída por la multitud bulliciosa y maloliente que refa, cantaba y blasfemaba empujándose, moviéndose sin reposo, dirigiéndose al punto que se le designara con la seguridad de no ver lo que se le había dicho.

Su sorpresa fué pues extraordinaria, cuando al llegar al muro del Convento de Arrepentidas pudo convencerse de que Nataniel había dicho verdad.

Entonces se inició un movimiento de retroceso, anulado enseguida por el estupor.

Allí mismo, rodeado por una escuadra de gentes de

armas y á la derecha mano de un heraldo montado que parecía custodiarlo, elevábase un poste sosteniendo el escudo con las armas de Francia y bajo este el anunciado cartel conteniendo la orden maldita.

He aquí lo que decía aquel cartel.

« Habiéndose hecho culpables de un delito de obstrucción calificada contra las órdenes de Su Majestad los mendigos, enfermos y miserables de las villas, ciudad y universidad de París, hacemos saber á todas las gentes sin fe ni ley aventureros y demás clientes de cuerda cuyo refugio es el barrio llamado Corte de los milagros, que quedan desde ahora abolidos los privilegios que se les toleraban, y que de hoy en adelante se les prohíbe solicitar la compasión de los pasantes bajo pena del dogal, de la picota ó de galeras. »

La orden iba firmada por el *marqués de Villequier*, ministro del real sello.

Un rugido de cólera retumbó en aquel momento, formidable, aterrador, y la multitud se movió, sacudida por la indignación. Todos se codeaban, se empujaban, anhelando ver en el vecino al audaz que derribaría el poste; pero nadie se atrevía á dar el primer paso. Todos ellos, como prudentes que eran, respetaban la fuerza.

Y he aquí que de pronto desembocó de una calle vecina un hombre de elevada estatura, vestido de andrajos y con el rostro completamente afeitado.

Aunque iba seguido de un perro que se parecía mucho al fantástico destrozón de la alámbrada del castillo de Vincennes, los truhanes hicieron á su vista el

silencio creyendo reconocer en él á uno de los suyos, ¡ al primero entre ellos!

El hombre pasó por entre los soldados, se detuvo ante el poste y leyó la orden. Tuvo luego un momento de vacilación, como si dudase, y enseguida, con gesto formidable, derribó el poste en el fango del camino exclamando al mismo tiempo :

— El rey vale más que su ministro; esta indignidad no es suya.

El perro ladró, como si aprobase.

La cosa había pasado en menos tiempo del que se precisa para contarle.

Cuando las gentes de armas se lanzaron con la pretensión de detener al criminal era ya demasiado tarde, Los truhanes, entusiasmados, se lo llevaban en triunfo hacia su guarida, gritando hasta enronquecer :

— ¡ Viva nuestro Coesre!

— ¡ Viva nuestro rey!

— ¡ Honor al bravo Gaultfarault, que vuelve con nosotros!

Precisamente á aquella misma hora en el Hotel de Villanueva-Marsán se celebraba con gritos idénticos el retorno del gran marqués.

Uno solo de los truhanes, Nataniel, callaba y parecía pensativo. Él conocía quizás como ninguno la cobardía personal que era la característica del rey de Thunes, y además parecíale reconocer al perro.

— Gaultfarault no es capaz de hacer lo que ha hecho ese hombre; ¡ oh, no! — pensaba. — Pero entonces ¡ por las cuarenta esposas! ¿quién es ése?

VII

EL MAGO ROJO

Contaba entonces Eurique III veinticinco años. Era de buena estatura y agraciado rostro; pero ninguna cualidad moral acompañaba á las físicas para hacer un conjunto simpático.

Educado bajo la vigilancia de Catalina de Médicis que fué la corruptora de sus hijos, como lo fuera de casi todos los gentileshombres y damas de la corte, el joven príncipe hubo de acostumbrarse desde su edad temprana á buscar sus placeres en la depravación de las costumbres italianas.

No era un imbécil, ni mucho menos. Poseía por el contrario una inteligencia muy despierta y desarrollado en alto grado el don de la comprensión; pero tales felices disposiciones quedaban casi anuladas por su inclinación manifiesta á la intriga y á los sordos menejos en que la astucia entra como factor esencialísimo.